

los relatos de calibre 38



ÚLTIMO DÍA

© José Montero Muñoz

Al estar entre amigos y familiares puedo contar un pequeño secreto: mi mujer contrató a un asesino para matarme. Sí, algunos pensarán que lo que digo es una de mis muchas tonterías, otros que tal vez debería haberla tratado mejor, no haber frecuentado malas compañías: mujeres, bebidas, drogas...; pero qué puedo hacer ahora. La muy puta quiso liquidarme desde el principio. Lo sabía, pero el dinero manda y yo soy un pastor alemán con aires de pequinés.

A todos los que digan “se lo merecía” les contesto con un rotundo “¡que os jodan!”. Cada uno vive lo mejor que puede o que le dejan, como fue mi caso.

Aquel día salí de casa sin atarme los zapatos. Me gustaba contemplar cómo los cordones danzaban su propio baile, yendo de un lado para otro sin tener una dirección prefijada, la misma que yo calzaba. Mi mujer, como la de muchos otros españoles, era y sigue siendo, ya que ella no ha muerto, una calamidad de los pies a la cabeza. Mi trabajo, qué puedo decir, sólo argumentaré a

mi favor que pensaba en las tetas de la cajera y rumiaba con aire distraído: “¿las tendrá tatuadas?, si no es así, debería tatuárselas hoy mismo, yo se lo pagaría...” Cuando me aburría de intentar imaginar sus pezones sonrosados en mi boca pasaba a mi secretaria. La llamaba por el interfono, aunque la tenía al lado. Pero hay que imponerse, ¿no? Y le dictaba cartas interminables sin ningún tipo de sentido. Sin embargo, a mí lo que me ponía, y mucho, era mirarle las pantorrillas, gordas pero compactas, dispuestas a todo, preparadas para mis caricias.

En el banco, todos los días los mismos caretos de estreñidos, la misma rutina. Para que os hagáis una idea, normalmente leía las necrológicas para pasar el rato. Por lo menos éstas tenían algo interesante que decirme: estaban muertos y eso era un triunfo para ellos, pero sobre todo para mí, que todavía me encontraba dentro del cupo de los vivos.

Qué poco me quedaba y yo sin saberlo, otra de las coplas que me canto ahora aunque no viene a cuento. Salí del despacho sin prestar atención a nadie, necesitaba una copa. El alcohol en sangre había desaparecido ya, a aquellas horas las copas y las risas con aquella niñita rubia formaban parte del recuerdo. De un sueño, o más bien, de lo que los poetas llaman una noche de pasión efímera. Esa era mi constante, fornicar con cualquiera que tuviera un buen par y su cara no me hiciese vomitar. Ya se sabe, tampoco se pueden pedir milagros, pero al menos que lo que nos

llevemos a la boca esté en buen estado.

En el bar, los habituales. Algunas clientas desayunando y el camarero, un tipo con cierta clase, me pregunta al verme entrar por la puerta:

—¿Lo de siempre?

Afirmo con la cabeza, para qué más remilgos, si cada día tengo más claro que soy un hombre de costumbres. Al menos en lo concerniente a la bebida. Me siento en una de las mesas, la más alejada de la puerta, no quiero sobresaltarme o que una corriente de aire me mate.

Estoy en mis cosas: bebiendo mi *whisky* y pensando en las piernas de la tía que está sentada en la barra (¡vaya cuerpazo!), cuando, sin pedirme permiso, un tipo al que nunca he visto en mi vida se sienta con una botella de agua mineral. Será cabrón, entrar en un bar respetable como éste a tomarse un agua con gas. Dónde se habrá visto...

—Perdone...

—Está usted perdonado, aunque no creo que mis papilas gustativas opinen lo mismo.

—¿Cómo dice?

—Nada, hombre. Cosas mías. ¿Qué es lo que le ha traído hasta mi mesa? Espero que no sea mi conversación. Porque yo, al

contrario que muchos otros, entro en un bar a tomarme unas cuantas copas. Para hablar simplemente me voy al parque, me siento en un banco y espero hasta que alguien tan solo como yo venga y se siente a mi lado.

—No, no es por su conversación.

—Gracias a Dios. Me quita un peso muy grande de encima. Porque si le soy sincero, no me cae usted demasiado bien. Sus aires de matón de película de los ochenta no me terminan de cuadrar.

—Algo de razón tiene, aunque no pretendo caerle bien, ya que me han pagado para que solucione un problema y, como profesional que soy, estoy aquí para resolverlo de forma expeditiva.

—Qué bien habla usted, pero no me interesa, no voy a comprarle nada de lo que venda. De entrada, no me incumbe y, de salida, me importa un bledo que tenga doce hijos y que no pueda pagar la hipoteca.

—No pretendo que compre, sino más bien todo lo contrario. Debo darle yo un regalo bastante personal.

—¿Un regalo? ¡Qué sorpresa! No pretenderá que me levante de mi silla y me ponga a dar saltitos de alegría. Además, hoy no es mi cumpleaños.

—No, su cumpleaños precisamente no, pero es un día muy

especial, ya que hoy, 27 de enero de 2005, será cuando muera.

—Como broma es muy buena. ¿Dónde está la cámara?

—Señor De Castro, su mujer me ha contratado para que lo asesine. No soporta por más tiempo sus infidelidades.

—Mi mujer le ha contratado para matarme. Esto se merece un trago.

De un golpe me bebo el resto del *whisky*. Alzo la mano y le indico al *barman* que me traiga otra de lo mismo.

—¿Quiere usted tomar algo más fuerte?

—No, gracias, estoy medicándome. Ya sabe, demasiado estrés en este trabajo. La vida de un asesino es muy dura. Si yo le contara...

Menuda cara tiene el tío. ¡Joder! La vida del asesino es estresante. ¿Y la de las víctimas al enterarse de que ésa será su última copa?

—Puedo comprenderlo. Yo también estoy sometido a mucha presión.

Saca el revólver del abrigo y lo camufla bajo el periódico.

—¿Dónde quiere que lo hagamos? ¿Aquí o nos vamos tranquilamente a otro lugar? No quiero que nadie resulte herido. Porque, aunque me gano la vida de esta forma tan poco ortodoxa, soy muy creyente.

—Claro, no se preocupe. En cuanto me tome el *whisky* nos vamos y usted hace lo que debe y yo, bueno, cumplo con mi misión, es decir, dejarme asesinar.

—Le doy las gracias por ser usted tan comprensivo. A veces te encuentras con personas poco civilizadas y te tienes que poner más violento de la cuenta... Demasiados héroes. Los cementerios están llenos de ellos... Y los que no, trabajan allí como albañiles.

—Antes de irnos me gustaría saber cuánto le pagó mi mujer para que me limpiara.

—No se lo puedo decir. Es una de mis normas, pero sin llegar a romperla puedo comentarle que no fue una suma desdeñable.

—Comprendo, comprendo. ¿Y si yo le pagase el doble? Podría usted hacer la vista gorda y matar a mi mujer.

Me recorre con la mirada. Aunque esto lo tengo que imaginar, ya que sus malditas gafas de vampiro no me dejan verle los ojos. Da un trago largo a su agua con gas y me dice:

—No sé qué responder ante su proposición. Normalmente no hago excepciones, pero tal vez por esta vez pueda hacer un arreglillo por usted.

—Bueno, ahora que nos conocemos algo más y que vamos a formular una transacción importante podrías llamarme por mi nombre de pila: César.

—Como te digo, no es lo habitual, pero como veo que eres un hombre civilizado, puedes llamarme Boris.

Este tipo estará de coña. Menudo fantasma. ¡Joder, qué nombre más ridículo! No sé si partirme de risa, pegarle una patada en la espinilla y quitarle el arma y pegarle un tiro entre ceja y ceja, muy a lo Charles Bronson o, por el contrario, sigo muy acojonado y me dejo llevar por el acentillo del tal Boris.

—¿Encuentra algo gracioso en mi nombre?

—No, claro que no. Simplemente pensaba que los sicarios tendrían nombres más duros.

—La culpa la tiene mi madre, que era una adicta a las películas de terror americanas.

No, si ya. Viéndote cualquiera no pensaría que tu padre fue el mismo Frankenstein.

—Hablemos de negocios. Si no te importa, necesito otra copa. Miro al *barman* y éste comprende enseguida lo que le pido. Al momento tengo mi *whisky* con dos hielos en el vaso.

Un trago para calmar los nervios y mi cabeza comienza a funcionar. Las posibilidades vienen y se van a tumba abierta. Imagino cómo la bala de este troglodita me revienta literalmente el cráneo y cómo mi masa encefálica se pierde por la alcantarilla. Cuánto perderá la ciencia con semejante desperdicio. Miro el revólver, después consulto la hora en mi reloj de pulsera y

mentalmente me santiguo. Me tengo que tirar algún farol; si no, soy un fiambre.

—¿Cuántos ceros quieres en el cheque?

—César, no escatimes en tinta. Escribe, que yo te diré cuándo parar.

Menudo capullo. Parece un armario ropero con la luz fundida, pero nos ha salido inteligente el muchacho. Escribo la cifra. Rasgo el cheque y se lo doy.

—Con esto tenemos la mitad del problema resuelto —me dice.

—¿Cómo? No entiendo muy bien lo que quieres decir.

—Está claro. Ya te he dicho que yo normalmente no infrinjo mis normas, pero contigo he hecho una excepción. Pero eso no significa que no tenga que matarte. Cuando acepto un trabajo, siempre lo termino. Así que no te preocupes, porque tu mujer sufrirá la misma suerte que tú.

Será mamón el jodido animal. No sé qué tipo de consuelo es ése.

—Vamos, levántate.

—No puedo. Las piernas no me responden.

—¡O te levantas de esa puta silla o te liquido aquí mismo! Mira que a mí me da igual. Pero como te dije, no quiero que nadie

salga herido. Las balas no entienden de personas, ellas sólo entran y destrozan todo a su paso. Así que, ¿qué quieres hacer?

—No te pongas nervioso —le digo con voz temblorosa.

—¡Vamos!

Salimos del bar como si fuésemos hermanos siameses. Me clava el cañón del revólver en las costillas.

—¡No te pares! No pierdas ahora la compostura. Lo estás haciendo muy bien.

Menudo consuelo. No, si al final el tío se va a convertir en mi preparador físico. Dándome ánimos. Guárdatelos en el culo, cabrón. Lo que necesito ahora mismo es una copa. Mataría por otro *whisky*.

—Ya hemos llegado.

—¿Dónde? —le pregunto con inocencia infantil.

—Ésta será tu última parada.

Me tira con brutalidad contra la pared y sin que tenga tiempo para quejarme me dispara dos veces. Una en la cabeza y otra en el corazón. Está claro que no salgo de ésta. Antes de irse me dice al oído:

—Saluda a tu mujer de mi parte cuando la veas en el infierno.

De lo que sucedió después no recuerdo nada. Todo se ha

transformado en un fundido en negro. No sé cómo me encontraron, ni cómo llegué hasta la funeraria. Pero lo mejor está por llegar. Entre los familiares llorosos distingo al gigantón de Boris. Menuda mole, eso sí que es un cuerpazo. ¿Le harán los trajes a medida?

Se acerca a Paula, mi mujercita. Intento oír lo que discuten. Sin embargo no le da tiempo ni siquiera a gritar. Saca su revólver y le encasqueta dos balas: una en la cabeza y otra en el corazón. Este muchacho tiene complejo de matavampiros. Se da la vuelta como si nada hubiese ocurrido y se despide de los presentes diciendo:

—Les acompaño en el sentimiento.

Eso sí que es estilo. Ríete de John Wayne en *Centauros del desierto*.

José Montero Muñoz, nacido en Alicante el 15 de septiembre de 1973 y Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Alicante, ha publicado relatos en revistas como, entre otras, Gangsterera o Forjadores, dedicadas algunas de ellas a la ciencia ficción. Ha publicado cuentos en antologías de corte negro como "Cosecha Negra" y "Aquemarropa". Ahora está ultimando una novela, también de corte negro, titulada "Tambores de guerra en mi cerebro".